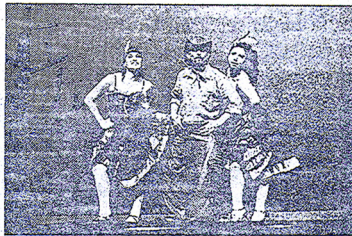


□ *La quinta mirada*

Gabilondo Solís

Fernando de Ita

Como Gabilondo Soler, Cri-Cri, Luis Martín Solís abomina de los niños. El autor más importante de canciones infantiles en lengua española de todos los tiempos fue mi vecino en los Edificios Condesa, en la Ciudad de México, y tuve varias oportunidades de ver el fastidio que le provocaban los peques cuyas madres lo acosaban para pedirle una fotografía. Un par de veces me aceptó una copa de tequila y pude



Hernán del Riego como el Ratón Vaquero. (Foto: Alfonso Lorenzana)

constatar que los niños, en general, le tensaban los nervios, pero no la niñez que consideraba como la edad dorada del ser humano.

Conocí a Luis Martín Solís muy joven, cuando estaba lejos de ser el director estrella del teatro para niños, título que le revuelve el estómago porque él considera que su teatro es todo, menos infantil. Me consta que él detesta abiertamente a los infantes porque no sólo ha hecho teatro para ellos sino con ellos. El caso es que vengo llegando de la frontera, en donde presencié una mega producción del Centro Cultural Tijuana en la que Solís se valió de Soler para hacer un espectáculo entrañable, divertido, gozoso, recomendable. Ya sabemos que Cri-Cri resiste cualquier prueba, incluyendo la interpretación de Plácido Domingo, que siendo extraordinario para la ópera es fatal para los matices melódicos y emocionales del repertorio del Grillo Cantor.

Como Virgilio Muñoz, el director del Cecut, pensó en grande, Luis Martín se despachó con la cuchara mayor, presupuestalmente hablando, y pudo contar con los artistas más chingones de la localidad, encabezados aquí, en el apartado de la actuación, el baile y el canto, por Hernán del Riego, un comediante fuera de serie que lleva siete años avencinado en la antigua ciudad del pecado. Se sumó a la producción otro artista de enorme altura como es el director de la Orquesta de Baja California: Eduardo García Barrios, y es un deleite ver su vena cabaretera porque dirige al sexteto extraído, supongo, de la filarmónica, con un placer contagioso, como el niño que aún conserva en su interior, pero un plebe con una musicalidad formidable que le saca toda la savia a los jugosos arreglos de Andrés Martín.

Si agregamos que hay dos cantantes de música popular: Azzul Monraz y Gabriela Bojórquez; y una soprano: Zully Martínez, con timbres y coloraturas muy gratas para las 15 melodías del señor Soler que componen el repertorio de *La luna te lo dirá*, y si sumamos a estos prestigios al cuarteto de bailarines del grupo Péndulo Cero, tenemos un espectáculo redondo, disfrutable, digno de la grandeza del compositor que ha hecho ensoñar a millones de niños y adultos del siglo xx y el siglo xxi, porque lo impresionante es que las canciones de Cri-Cri son de los pocos territorios en los que niños y adultos anulan sus enormes diferencias, siendo los adultos quienes disfrutan hasta el sollozo de su inocencia perdida.

Aunque siendo Solís un niño malo de corazón perverso, se solaza en las composiciones negras de Cri-Cri, como "La canción de las brujas" y "Lunada", donde el mundo infantil es invadido por la negrura de la noche, lo que motivó que estas melodías sean muy poco conocidas en comparación con sus canciones emblemáticas. Sin embargo, en el espectáculo de Gabilondo-Solís triunfa la luz por la conjunción de todos los talentos mencionados y por la capacidad histriónica de Hernán del Riego, que hace un Tlacuache y un Ratón Vaquero de antología y se permite hacer alusiones impensables para el teatro infantil, pero su actuación tiene tal gracia, tal enjundia, tal capacidad histriónica que sólo queda quitarse el sombrero ante su cometido.

En su registro espectacular, *La luna te lo dirá* es una de las producciones musicales más logradas del teatro regional. Ciertamente no escapa del todo a los lugares más frecuentados del Show Disney —el libreto, la escenografía, el vestuario—, pero lo hace con tal dignidad, mostrando que el talento local de las artes escénicas está a la altura de lo mejor de México, y en esa medida, del entorno iberoamericano, que uno sale de ahí exultante, feliz de haber regresado al mundo perdido de la niñez, la única patria sin fronteras. ☐